

ció a su anciano marido de lo impropio que sería el que fuera él quien reprendiera al chofer, y que sería ella la que comunicaría a Antonio los comentarios desfavorables del público que juzgaba calumniosos.

Como bien sabía la interesada los reproches no alcanzaban al chofer, y por consiguiente aquél ignoró lo ocurrido y el mal rato propinado al amo por censuras muy merecidas.

Algún tiempo después el Ministro sin embarazo manifiesto preguntó directamente a su servidor, *si su señora había tenido con él alguna entrevista*, y hasta le explicó el objeto o sea la intimidad que la gente juzgaba que existía entre él y su esposa.

Atribulado el muchacho por tan insólita pregunta, respondió al señor que estaba ignorante de lo que se trataba y nada sabía de la mencionada entrevista. No se limitó a ésto y continuando la conversación le explicó que en los círculos sociales y diplomáticos en particular, se rumoraba que existía un entendimiento íntimo entre él y doña María; mientras en su fuero interno se proponía el cuerdo señor inquerir personalmente informes respecto a la conducta de su chofer, tornó a preguntarle tratando de sorprenderlo. "En qué cree Ud. que puedan tener fundamento esos rumores ¿será porque Ud. entra a los teatros con mi señora?"

Dividida en dos la interrogación, la víctima sintió faltarle el suelo bajo los pies y acorralado confesó: "Yo, ciertamente acompañaba a su señora a los teatros y entraba con ella al palco respectivo, pero contra mi voluntad, acosado por las repetidas instancias de doña María. La crítica que ésto ha promovido, señor Ministro, aún cuando a mí también me condena, no se justifica, yo me encuentro sin ninguna culpa".

La respuesta del diplomático estuvo a su altura. "En los países bajos, — dijo, — todavía no tiene cimientos la cultura, y todo es objeto de crítica, de manera que Ud. no debe resentirse porque trate yo de averiguar ésto".

Antonio hondamente conmovido se retiró al garage, y la cólera le arrancó lágrimas de despecho; comprendía que el señor no carecía de razón y que era ella la única responsable de lo que estaba sucediendo, todo lo cual no obstaba para que se viera él envuelto en un lío, que al reflexionar, le inspiraba miedo, sobre las posibles consecuencias que adivinaba terribles.

El secreto de la egregia dama estaba descubierto y esa misma noche el marido muy contrariado increpó a su mujer respecto al motivo de su silencio, no reprendiendo al chofer como habían convenido.

Muy práctica, sin duda, en aventuras de éste género, la señora contestó: "que no se había atrevido a hacerlo porque Antonio, cuya susceptibilidad era grande, podía abandonar su puesto resentido con ella; y que siendo un empleado cumplido y honrado merecía alguna consideración, motivo por el cual había procurado evitar una molestia que podía privar a la Legación del servicio de un hombre de cuyas aptitudes ambos estaban contentos.

Convencido el Ministro de la escasa razón que le asistía, se dirigió al cuarto de Antonio para ampliar las explicaciones anteriormente dadas, y su admiración rayó en asombro al encontrar a éste preparando su equipaje para dejar aquella casa, que ahora se le antojaba maldita. Interrogado por su amo el chofer respondió que se marchaba porque le apenaba continuar desempeñando su puesto en la Legación; que le mortificaba el hecho de haber podido darse cuenta exacta del engaño sufrido al creer que la sociedad era más culta, y que alguna consideración

merecía el obrero que presta sus servicios a la colectividad. Agregó el cohibido mozo, que su gratitud por las atenciones recibidas era inmensa particularmente hacia el Ministro y que su intención primordial sería siempre la de corresponder con su buen comportamiento a tantas bondades, pero que esa sociedad cuyos comentarios hacían estériles los esfuerzos de los humildes parecía ignorar que cualquier trabajador puede ser leal y consecuente con sus principios morales y tener sentimientos delicados y una alma noble y generosa. Sobre todo, añadió, Antonio, por tratarse de un chofer modesto y pobre, la injusticia se ceba en él sin concederle la menor cosa.

Enternecido el señor por los argumentos expuestos con tono comedido, le expresó con gentileza, que si él le había interrogado era con el objeto de sanear esos cerebros maleantes, que ningún escrúpulo tenían en arrojarse en un hogar ajeno, introduciéndose como aves de rapiña en los hechos privados. "Los Cónsules y demás diplomáticos que me han criticado, — agregó — no se ocupan de cumplir con su deber dando informes mensuales a sus respectivos países del movimiento consular, sino que se dedican a hilvanar intrigas, a entrometerse en asuntos que no les incumben, en esas fruslerías distraen la mayor parte del tiempo, abusando de la facilidad que les otorga su posición para asistir a todas las fiestas sociales".

Ante las contundentes declaraciones de su Jefe, Antonio — que lo respetó siempre, — optó por desistir de su idea de marcharse de la Legación y continuar en sus funciones de chofer, conforme lo deseaba el Ministro. Meditando como el zorro en asecho, doña María, que vio frustrados sus planes de conquista amorosa, dejó transcurrir el tiempo sin nuevas imprudencias y por consiguiente las censuras fueron cesando y la tranquilidad de la Legación no volvió a turbarse.

Cierto día la meretriz dignificada, suplicó a su esposo que la acompañara a pasar un día de asueto en el campo, arguyó en favor de su proyecto que el aire puro de la campiña le sentaría bien, pero siendo un jueves el Ministro debió manifestarle que era el momento de la semana en que tenía más trabajo en su oficina, y que con harta sentimiento de su parte no podía complacerla. El plan de la dama marchaba a pedir de boca y entonces con aquel mimo candoroso del que tan bien sabía hacer uso, profirió, como si se tratara de la cosa más inocente del mundo: por qué no permites que Antonio me acompañe ya que estás bien convencido de que es un buen muchacho? Sabes que es respetuoso, incapaz de nada incorrecto y como vamos al campo nadie de la capital podrá percatarse de que el paseo lo efectúo en su compañía".

La zalamería del lenguaje y los gestos cariñosos de aquella Circe impúdica triunfaron de la ligera resistencia que el marido hubiera podido oponer, y con agrado el señor contestó que hiciera lo que deseaba.

Así, con ello, quedaba concedido implícitamente la autorización anhelada por la dama que no renunciaba a la conquista soñada en sus largas horas de ociosa lascivia.

El chofer recibió el jueves señalado instrucciones para preparar el auto y estar a la disposición de la señora, y cuando ella vino a instalarse cómodamente sobre los mullidos almohadones, con el sombrero en la mano preguntó a dónde debía conducir: Al campo, fue la breve respuesta y el carro arrancó tomando una de las pintorescas carreteras que parten de la ciudad hacia pueblitos distantes.

Una vez fuera de la urbe el chofer tornó a recibir orden de detenerse. creyó que el paseo terminaba allí y el carro se detuvo; no se trataba más que de un ligero cambio. La esposa del Ministro tuvo a bien acomodarse en el asiento al lado del conductor y sonriente y decidida, mirándole casi con burla: sigue, le dijo. De nuevo funcionó el motor y la extraña pareja sin proferir una palabra se internó por solitaria vía. A la orilla del camino, un letrero sobre tosco trozo de madera llamó la atención de la señora: "MISTERIOS OCULTOS". Supersticiosa como todos los enamorados, la diplomática se dió cuenta de que el extraño título convenía bien a la abandonada finca así denominada, y su sonrisa enigmática y maliciosa acompañó acaso el pensamiento que como un relámpago cruzó por su mente regocijándola: "aquí no puedo fracasar", pensó, e inmediatamente dió instrucciones a Antonio para que dejara el carro en una encrucijada a fin de que no pudiera recibir daño alguno, y que volviera a reunirse con ella, quien resueltamente se internó por umbrosa vereda hasta llegar a un bosque espeso moteado por sendas pinceladas de luz.

Sentados ambos sobre el fragante césped, escucharon los murmullos del viento acariciando los toldos verdinegros de los árboles, y después ella con la distinción propia de una gran señora dispuso el frugal pero sabroso almuerzo. Antonio hizo saltar el corcho de dos botellas de whiskey, y servido por las pequeñas manos de su compañera, lleno de confusión empezó a comer rehusando respetuosamente la dorada copa de licor que le ofrecía, risueña e insinuante.

El lugar no podía ser más ameno, parecía sabiamente escogido para una escena como la que pronto tendría lugar; Antonio muy temperante, se negaba a beber pero fueron tantas y tan solícitas las invitaciones de la dama que apuró tres grandes copas de whiskey y con ellas perdió el control de sus sentidos. Medio ebrio se dejó acariciar mimosamente y despierta ya su sensualidad de macho todo lo olvidó. . . . . Al refrescarse un tanto del vértigo que lo arrastró a los brazos que le estrecharon con frenético delirio, no fué dueño de sus impresiones, y confuso como reo de horrendo delito mostró hasta la puerilidad la aflicción que le embargaba.

Siempre sonriente, la dama empleó toda su elocuencia en probarle que nada incorrecto había ocurrido, y ambos satisfechos continuaron conversando amigablemente sin darse cuenta que el tiempo trascurría. . . . . Plagado de sombras el crepúsculo les anunció que era llegada la hora del regreso y el chofer se dispuso a preparar el carro; tardío arrepentimiento sofocaba al mozo tan pronto como la seductora se callaba, y cuando teniéndola sentada a su lado empuñó la rueda, las suaves y profanadoras manos se anudaron a su cuello y una boca ansiosa buscó la suya, súbita repugnancia se enseñoreó de él y rechazándola le dijo con voz temblorosa y angustiada: "Yo, señora, si Ud. fuera mi esposa, la dejaría para siempre, despreciándola hasta la muerte".

La sangrienta recriminación lanzada como un esputo a la faz de aquella dama del gran mundo, no produjo resultado, no alteró la felina sonrisa, no tiñó de púrpura mejillas avezadas en afrentosos escarceos, y la contestación no pudo ser más inesperada para el ingenuo muchacho. "Yo, le perdono las palabras proferidas porque el amor no tiene precio, y no crea que puede obtenerse a base de comodidades y de dinero".

"No se figure, señora, repuso Antonio, que soy hombre a rehusar las caricias de una mujer que a mí me guste, que yo espontáneamente, sin ser desleal,

conquiste, pero en el hecho que hace poco se ha consumado he sido felón por culpa suya, por su provocativa insistencia, por su constante persecución y perversidad”.

“La experiencia me hace bondosa hasta perdonar todos sus desatinos”, repuso ella muy despreocupada y con cierto matiz de ironía que hirió vivamente al chofer, y sin poder contener exclamó: “A nadie pondré en autos de lo sucedido, pero a condición de que Ud. no me importune más, le suplico que lo haga así, siquiera sea por su hija a quien mancillan las manchas de su madre”.

Fastidiada doña María se contentó con decir: “Vamonos ya”.

Antonio iba pensativo, reflexionaba sobre el singular acontecimiento que en su sencillez juzgaba tremendo, no así la cómplice de su pecado, quien se mostraba cariñosa y hacía oportunas frases para excusar la falta cometida. Cuando al llegar a la Legación, el chofer que no osaba levantar los ojos, pensando que en su frente llevaba escrita la ignominia de su felonía, contempló el afectuoso abrazo con que el Ministro saludaba a su esposa, informándose de si el paseo le había agradado, se maldijo a sí mismo y maldijo a la mujer para la cual el adulterio es un suceso como otro cualquiera, prometiéndose huír de ella y de sus villanos halagos.

Conteniendo su furor de vencido por artero abrazo, escuchó a la señora encomiando al confiado marido las magníficas cualidades del chofer, pues habiendo manifestado éste su deseo de saber cómo se había conducido Antonio durante la excursión, ella se apresuró a poner en su conocimiento lo respetuoso y atento que había estado, afirmándole que jamás tendrían otro empleado de las buenas cualidades de aquel gallardo muchacho tan modesto y sencillo.

La odiosidad de lo relatado es repulsiva por la inmoralidad que encierra, Adulterio que se consumó debido a las trapizondas de una mujer prostituida, que por satisfacer un capricho pasajero de su lubricidad comprometió la vida de un hombre, y lo llevó impávida al sepulcro con el desenfado único de las meretrices de alto vuelo.

Vemos a un hombre honorable, egregio representante de una nación poderosa, escarnecido por los perversos instintos de la que en mala hora eligió para madre de sus hijos...

Al correr del tiempo el chofer se apercibió con honda alegría de la graciosa indiferencia para con él, de que hacía alarde su astuta seductora. Al fin me dejará tranquilo... pensó el desdichado, interiormente aliviado del peso anonadador que le oprimía desde el nefasto día del paseo por el campo, y ésta situación se mantuvo hasta agosto de 1935 en que la dama tuvo la humorada de continuar sus correrías nocturnas por los teatros.

Desvanecidas todas las sospechas, el Ministro no opuso negativa alguna a que el chofer continuara su servicio durante la noche con la señora; a decir verdad el distinguido diplomático nunca dió crédito a las habladurías de la gente sobre intimidades pecaminosas entre su señora y el servidor que había concluído por estimar muy de veras.

La primera noche que nuestro héroe, después de lo narrado, condujo el lujoso carro con la dama que él creía deseaba asistir al teatro, sintió infinita turbación al oírla dar contraorden y mandarle que se dirigiera a cualquier sitio fuera de la ciudad.....

Y, el chofer obedeció.

## ANTECEDENTES

**La hija pervertida por culpa del padre**

Presentimientos extraños torturaban al mozo; quedar cesante era lo que más le aterraba; ¿qué ocurriría si el señor por cualquier circunstancia imprevista se enteraba del vulgar adulterio? Se le echaría como un perro, claro; un proceso no era de temerse con gente de aquella representación social; entonces qué? Inquieto y acongojado observada en secreto cuanto sucedía en la casa; casi no se atrevía a mirar de frente al Ministro y cuando este le dirigía de pronto la palabra, un nudo agarrotaba su garganta sofocándolo.

Notaba muy admirado el profundo desapego que reinaba entre doña María y su hija Margot, sentía compasión por aquella jovencita tan abandonada a sí misma, y obsequioso, procuraba servirla y atenderla cuando ella hacía uso del auto, cosa que no era frecuente.

La señorita se entretenía a menudo viéndole lavar el carro, le hacía preguntas sobre su pasado, sus amistades y sus aspiraciones sin que estas conversaciones chocaran a nadie en la casa, y así fué naciendo cierta confianza entre aquellos seres de tan distinta condición, una cordial camaradería que sedujo a Antonio y le hizo cometer la torpeza insigne de hacerla su confidente.

Cuando se pone el pie en una pendiente resbaladiza es imposible retroceder; la ingenuidad e inexperiencia del sirviente no pudo medir en el nuevo lío que se enredaba, y el alivio que experimentaba al desahogar su oprimido pecho contando a alguien las angustias que llenaban su alma de zozobra, no le permitió ya guardar el secreto y Margot tuvo conocimiento, escuchó de sus propios labios los detalles de las debilidades de su madre...

Correspondió ella a sus confidencias contándole el horrible episodio que marchitó su infancia convirtiéndola en mujer: ..... imprudencia que sólo la juventud puede excusar, y aquel otro secreto funesto que ponía en relieve asquerosas llagas sociales acabó de exaltar al muchacho, que por un momento supuso que las vallas que pudieran separarlos dejaban de existir, y que él, un simple chofer, el sirviente de la Legación podía pretender a la señorita hija del representante de una gran nación.

Margot estremeciéndose al sólo recuerdo de la dolorosa aventura le contó, que nombrado su padre para el desempeño de un alto cargo diplomático fuera de su país, salieron para su destino el año 1931. En el transcurso del viaje, ella siendo aún muy niña no podía acompañar a sus padres a las reuniones y fiestas de abordo que se sucedían sin interrupción, y por consiguiente debía permanecer sólo en el camarote hasta horas muy entradas de la noche. Al llegar a un puerto de un país hermano, las amistades de mi padre le ofrecieron una recepción espléndida para congratularlo del alto honor conferido, y desde el atardecer acompañado, naturalmente, de mi madre se dirigió a tierra dejándome sólo a bordo. Y, mientras que ellos se divertían yo me aburría terriblemente en la cabina, y fuí a instalarme sobre la cubierta donde me entretuve mirando el eterno batallar de las olas blancas de espuma bajo el fulgor de las estrellas. Cuánto tiempo transcurrió así; no lo sé. De pronto apareció a mi lado un marinero robusto, corpulento y mal encarado que me preguntó por mis padres; al contestarle que asistían a una fiesta en la ciudad me dijo que no debía esperarlos pues

era ya muy tarde, y que iba a conducirme al camarote; seguidamente me tomó en sus brazos y al ofrecerle yo alguna resistencia por su grosería me amenazó con arrojarme al mar.

Una vez dentro del departamento se fué para regresar trayendo un vaso lleno de algo que me presentó diciéndome que era un refresco delicioso. Bebí el contenido y pocos minutos después me sentí completamente mareada, mis párpados me parecieron de plomo y de nuevo en los brazos de aquel hombre desalmado me quedé profundamente dormida.

Al despertarme el día siguiente el vapor había zarpado y una lasitud inexplicable no me permitía moverme sin grandes sufrimientos, que en mi infantil pensamiento no sabía a qué atribuir, y entonces pude darme cuenta de la fuerte hemorragia que me debilitaba y manchaba el lecho de sangre. Permanecí alestargada hasta las nueve de la mañana, hora en que un camarero penetró en el camarote para saber si quería que se me sirviera el desayuno; pasmado el hombre ante el estado en que me encontraba me hizo varias preguntas a las cuales nada sabía que contestar, y acto seguido fué a llamar a la puerta de la cabina donde dormían mis padres. Necesario fué tocar repetidamente para despertarlos y al fin se levantó mi padre muy molesto por haberle obligado a hacerlo; el sirviente le explicó lo que sucedía y hasta entonces se dió cuenta de la gravedad de mi estado; corrió al lado de mi madre y la impuso de lo que pasaba, y como ella permaneciera en el lecho sin premura alguna por venir a verme, él la cogió de un brazo y la obligó a levantarse.

Sin embargo, cuando ella comprendió la infamia de que había sido víctima comenzó a gritar y a lamentarse; acudió toda la oficialidad del vapor; me reconoció el médico y manifestó después de detenido examen que mi vida corría peligro... Estalló entonces la ira de mi padre; temblando de furor exigió al Capitán que se buscara el culpable y se castigara como merecía.

Tres días después en un salón del barco fuí sometida a un interrogatorio al cual asistían todos los oficiales del vapor, y al decirme el capitán si podría identificar al cobarde marinero, tuve que manifestarle mi negativa puesto que la cara de aquel hombre me hizo la impresión de un ogro.

Risibles deliberaciones las de aquella especie de Tribunal marino, continuó la joven con amargura infinita; imposibilitados para descubrir al delincuente, mi padre muy descorazonado rogó al auditorio que en atención al alto cargo de que se hallaba investido, se guardara absoluta reserva sobre el penoso acontecimiento, a lo cual el Capitán respondió empeñando su palabra de honor de que el secreto no sería violado en forma alguna, y que tanto él como la oficialidad lamentaban profundamente el cobarde atropello de su hija.

Yo,—le dijo Margot a su confidente al terminar—trato de olvidar, de aturdirme y de sincerar a mis padres de la responsabilidad que sobre ellos cae, por el descuido en que siempre me tuvieron, entregada cuando era pequeña en manos mercenarias. Mamá nunca se privó de asistir a una recepción por causa mía; siempre eran sirvientas las que me atendían cuando estaba enferma; papá era un poco más consecuente, me pastoreaba y colmaba de regalos, se interesaba por mi educación y porque no me faltara nada, bien sabía él que no se podía contar con mi madre para eso.

Antonio oía aquel relato terrible de labios de la propia víctima, sintiendo rugir la ira dentro de su pecho contra aquellos padres de cuya depravación tenía

pruebas palpables, particularmente la madre, que negaba a su hija lo que encuentra la más pequeña golondrina en el fondo del nido: el calor de la ternura maternal. Un violento impulso de noble furor se levantó pujante en su corazón y no quiso saber más; el primer cuidado de la delicadeza, al consolar un dolor, es respetarlo, y nada hiere tanto una pena como la curiosidad. Creía él que para ser representante de una nación, el prestigio moral, se hacía imprescindible; lo que llevaba observado y visto en aquella casa le producía náuseas; las francachelas de frac y guantes blancos; la mescolanza de honras sin tacha y reputaciones escandalosas, revestidas todas de idéntico barniz, confundidas por el mismo apetito ciego de placer, por el afán de huir del aburrimiento que les arrastra a todas las extravagancias, y les lleva a todos los extravíos.

Piedad inmensa por la triste niña abrasó al mozo;—¡lástima de hija para tal madre!—pensó, y cuando Margot, temblorosa y sencilla lo miró fijamente al preguntarle si, a pesar de lo expuesto, aún seguiría queriéndola y considerándola: "Hoy más que nunca tengo que quererla, profirió Antonio con la calma del que ha tomado una resolución suprema, mientras su pecho se levantaba con la angustia de un sollozo comprimido, porque su franqueza, su terrible pasado, es un nuevo eslabón de la cadena que ya nos une. Le ruego creer en mi sinceridad".

---

El señor Ministro había sido elegido por su Gobierno para practicar un registro en el archivo del Consulado de una nación vecina, y los preparativos para un viaje que duraría acaso un mes estaban hechos. Su esposa e hija permanecerían en la Legación durante su corta ausencia.

Era intenso por este tiempo el movimiento de la ciudad debido a las próximas "Fiestas Civiles" y ausente el Jefe de la casa, doña María se solazaba haciendo proyectos sobre el modo de pasar lo más alegremente posible esos días de jolgorio general, y encontró muy graciosa la siguiente repartición: a cada uno de ellos respectivamente, le tocaría un día para el cual estaba obligado a elegir las diversiones a que asistirían los tres, correspondiendo a ella el primero.

El programa estaba listo, y en ese primer día de alborozados esparcimientos populares, dispuso ir al teatro como efectivamente lo hicieron, y al regreso invitó a su hija y al chofer a tomar su bebida favorita, wiskey. En la vida de crápula elegante y vagancia aristocrática de la distinguida familia el licor tenía primordial lugar y ambas señoras apuraron repetidas copas hasta que la embriaguez las obligó a echarse sobre los mullidos lechos de reposo, sin importarles el desorden de sus trajes que dejaron al descubierto blancas desnudeces; la diplomática se hallaba en tal estado, que le era imposible tenerse en pie, y casi a gatas fue a postrarse de hinojos ante la estatua de un Santo que ornaba el salón; pidió a voces la gracia de que se retrasara el regreso de su marido, y concluyó sus paparuchadas aproximando los labios a la estatua para besarla; sin duda hacia muchos meses que nadie se había cuidado de limpiarla, pues las arañas vivían tranquilamente entre los pliegues del rico manto, y la dama sintió en sus labios el contacto con el cuerpo viscoso de algún bicho... lanzó un chillido y arrojó la estatua por la ventana indignadísima, renegando del santo y del impulso que la llevó a sus pies...

Margot tenía la dirección del empleo del día siguiente; la corrida de toros, los juegos de pólvora y la juerga rociada de wiskey lo ocuparon por completo;

Siempre víctima de su ingenuidad, Antonio, a quien correspondía organizar los pasatiempos del tercer día, cometió la simpleza de aconsejarse con un empleado público sobre lo que tendría que escoger; aquél, muy enterado de cómo celebran sus fiestas las gentes del gran mundo, en indecorosa y dañina mescolanza de grandes nombres y grandes vergüenzas, le dijo que no fuera sencillo, qué lo que se pretendía con aquel juego era burlarse y cogerlo de mona, como se dice vulgarmente.

Un tanto amoscado nuestro protagonista se limitó a solicitar de la señora permiso para pasar el día con sus amigos, y estuvo atento a regresar en hora oportuna para conducir ambas damas a los nocturnos festejos; y la estúpida orgía de las noches anteriores tornó a renovarse.

Cómo llegó a percatarse la elegante diplomática de que sus marchitos encantos no ejercían ya influjo alguno sobre el humilde empleado, escogido para saciar sus inconfesables apetitos de salvaje civilizada; ¿fue el despecho el que la guió a urdir un plan cuyas tremendas consecuencias eran imposibles de preveer? no se sabe: fortalecida por la rabia ante la repulsa que adivinaba bajo la aparente cortesía del chofer, pensó que era llegado el momento de echarlo de la casa, pero como ella misma se había constituido en su defensora a los ojos de su esposo, no parecía fácil cambiar de actitud sin despertar la extrañeza del mismo. Conoció, sin darse por vencida y con la terquedad de mujer voluntariosa y siempre mimada, que era preciso provocar un disgusto y no vaciló en que su hija sirviera de base a la ignominiosa trapizonda que meditaba. Ignorando que Antonio estaba informado y por la propia Margot de lo ocurrido a bordo, y habiéndose dado cuenta de la cordialidad afectuosa que reinaba entre ambos jóvenes, no obstante la disparidad de situaciones, supuso que nada sería más lógico que llevados por la inconsecuencia de la juventud cometieran cualquier imprudencia comprometedora que obligara a su esposo a despedir al empleado.

No reparó siquiera en que ponía en juego la reputación y dignidad de una niña que era muy acreedora a su cariño y desvelos; no calculó hasta dónde puede llegar un hombre amenazado en su honor cuando ocupa una alta posición y cuya mayor enemigo es el ridículo; no advirtió que el chofer antes que chofer era un hombre muy capaz, tal vez, llegado el caso, de defenderse. No, ella no midió el abismo de vergüenza y escándalo en que su vanidad, médula de su vida, la precipitaría.

Perfidamente insinuó a Margot que Antonio era por sus dotes de hombre de bien y caballero muy digno de ocupar otra posición, y no la que desempeñaba en la Legación; que el muchacho era simpático y que parecía ocultar un pesar que lo hacía aún más interesante; que nada se oponía a que ella conversara con él y tratara de averiguar el motivo de su pesadumbre.

¿Aquilataba aquella madre que al patrocinar semejante intimidad lastimaba el honor de su hija, que ponía su nombre en la picota pública, y que al empujarla casi a los brazos del hombre que había sido su amante, creaba una situación tremenda dentro de la casa que la más insignificante alusión podía conducir al dueño de ella a enterarse de aquel cúmulo de desvergüenzas, y que por mucha que fuera su culpable tolerancia jamás podría autorizar semejante escándalo?

Brillantes y opulentas, las fiestas a que el digno representante asistió durante su permanencia fuera de la Legación le habían fatigado mucho; dados y recibi-

dos los honores del caso en tales circunstancias, regresó a su casa donde le esperaban tantos y tan serios dilemas.

Doña María, feliz con los nuevos lauros de su marido que la facultaban para continuar imponiendo el yugo de sus elegantes extravagancias y tras éste el de sus desvergonzados vicios, puso pronto a su esposo en autos de la conducta reprehensible de Margot, de su falta de dignidad descendiendo hasta dar su preferencia a un sirviente. Acusó a su marido de falta de carácter, y de carecer de la energía suficiente para corregir a la joven ya descarriada por tan mal camino, de tolerar una situación equívoca con menoscabo del decoro y prestigio de la familia.

La incredulidad del diplomático que no daba crédito a sus quejas; la frialdad con que acogió sus hipócritas demostraciones y arranques de madre indignada y celosa de la reputación de su hija, fueron causa de disgustos y molestias entre ellos. La dama sentía una especie de irritación sorda que no acertaba a calmar, y sin retroceder un ápice en la fatal senda trazada, fraguó en su atormentada cabeza otro plan que juzgó de ineludible efecto. Alentó a su hija en la senda emprendida; encomió calurosamente las buenas cualidades que adornaban al servidor, su tristeza, la amargura oculta que minaba su juventud y le mantenía retraído. Margot escuchaba a su madre sin imaginarse siquiera que una rivalidad femenina quizá, dictaba sus palabras y como se sentía halagada por el respetuoso cariño de Antonio, se aprovechó largamente de las malignas condescendencias, un tanto azorada por la insólita bondad de aquella mujer despreciable, mil veces indigna de la sagrada misión maternal.

La nueva artimaña de la ilustre señora, el desenlace perseguido, es claro de comprender; quería que su marido sorprendiera a los incautos en alguno de sus largos coloquios, en aquellos momentos en que olvidados de las exigencias imperiosas de la etiqueta dejaban al corazón hablar más alto que la cabeza.

Desgraciadamente el ambiente que respiraba la imprevisora víctima era de esos que familiarizan con la infamia hasta las conciencias rectas, destruye la valla de repugnancia que inspira el escándalo, y comenzando por hacerlo tolerable concluye por hacerlo pasar por imitable.

La encopetada señorita, la rica heredera que un abandono inaudito de parte de la llamada a proteger y defenderla de las acechanzas de la sociedad, precipita al abismo del mismo modo que a la infeliz aldeana, distinto sólo en la forma, pues la una cae en el lodazal de la calle y la otra en el de los salones adentro, era el inconsciente instrumento de la venganza de una mujer... que era su madre.

Dos personas, sin embargo, se encontraban sumidas en hondas preocupaciones bajo aquel techo funesto. El Ministro hondamente perturbado por las confidencias de su esposa, se resistía a creer que su hija, de la que estaba tan orgulloso olvidara su rango hasta poner los ojos en un chofer; una mujer educada con tanto esmero, bellísima y de proceresco abolengo, cultura exquisita y perfectamente atendida en el mundo elegante, enamorarse de un hijo del pueblo, de un hombre que pertenecía al gremio que él más despreciaba, un cualquiera de baja estofa, un chofer en fin... imposible, un odio feroz, implacable y reconcentrado nació en su corazón, impidiéndole mirar al que él consideraba como un ínfimo lacayo, sin estremecerse de furor y afilaba en silencio el puñal de su rencor.

Por otra parte el objeto de las cavilaciones del señor continuaba en su puesto, entregado también a téticas meditaciones. A la zozobra de estar cons-

tantemente temiendo que aquél llegara a saber las extravagantes juergas que tuvieron lugar durante los días de las Cívicas Fiestas, se sobreponía el temor de ser despedido; pensaba que ésto sería una gran injusticia, puesto que él obedecía las órdenes de la señora.

El terror de perder la aciaga colocación le robaba el sueño, adelgazaba, y el pensamiento de que sería expulsado le envenenaba la vida .

Cuatro meses transcurrieron durante los cuales crecióse el orgullo de doña María despertándose hasta el colmo su natural audacia; el rencor mantenía fresco en su imaginación las malhadadas palabras de Antonio, tan hirientes, cuando ella lo solicitaba, su repulsión, y aquel desdén inconcebible en un lacayo que debió sentirse profundamente honrado de la preferencia concedida por una mujer de su jerarquía. Acariciaba con fruición la idea de una venganza que le devolvería la tranquilidad, gozándola anticipadamente. Margot continuaba en sus intimidades y coloquios cada vez más peligrosos, excitando con su alegre continente los celos de su madre, quien juzgó era llegada la hora de jugarse el todo por el todo.

Se instaló una tarde al lado de su marido y con fingida reserva entre apenada y confusa por la gravedad del caso, le declaró que su hija acompañaba al chofer en su departamento desde hacía bastante tiempo; que su indignación no le permitía continuar callando tan vergonzoso proceder de Margot, y que se hacía imperiosa su intervención para poner término a tanto desparpajo... Lívido de coraje y sin pronunciar una sílaba se dirigió el Ministro a la alcoba del chofer; durante el trayecto creyó conveniente, pues aún persistían sus dudas, no presentarse directamente sino observar la escena desde una ventana propiciamente situada, y babeante de frenética ira presencié la deshonor de su casa; su hija estaba en brazos del inmundo lacayo!!! Abalanzóse a la puerta dispuesto a echarla abajo... abierta ésta, sin mirar siquiera a Margot ordenó a Antonio que le siguiera a su oficina. Preso de un temblor nervioso el sirviente, sin osar decir una palabra, ni formular una disculpa, marchó al sitio requerido y baja la cabeza, trémulos los labios permaneció como el reo ante el juez ensañado, y sin embargo muy dueño de si mismo.

Contenta podía estar la inicua señora: su pecado ponía frente a frente a aquellos dos hombres, ningún horror invadió su corazón y anegó su alma depravada, sólo una idea taladró su mente, como un clavo ardiente bajo el mazo; se había vengado y cómo!!!

"Oíga Ud. Antonio, empezó diciendo el ofendido diplomático, recobrado ya y casi en calma, si yo no hubiera meditado bien las cosas, ya lo habría matado, Ud. es el parásito desvergonzado que se ha atrevido a mancillar el honor de mi hija, su acción es vil, cobarde y ante todo canalla, sabe? Antonio con la vista fija en el suelo no se atrevía ni a respirar, su amo continuó apostrofándolo duramente, y sólo lágrimas opuso el desdichado a las sangrientas frases del iracundo señor...

Pudo al fin hablar e imploró un perdón que el inflexible ofendido estaba muy lejos de conceder, y el permiso para abandonar la Legación.

Realizados sus preparativos, sin ver a nadie se alejó borracho de angustia, alojándose en una pobre pensión de los barrios bajos de la ciudad, mientras resolvía lo que habría de hacer en lo por venir.

Y, Margot? Desconsoladamente lloraba en su alcoba sin atreverse a pre-

sentarse ante su padre; adivinaba a su madre satisfecha de lo ocurrido, y ni por mientes cruzó por su imaginación lo que inmediatamente hubiera hecho la hija que siente latir el corazón de la que le dió el ser al unísono del suyo, y en su desamparo llamó al corazón paternal, escribió corta pero significativa carta en lo que le decía lo siguiente: "Padre, tú te extrañas de mis relaciones con Antonio y sin embargo no te avergonzaste de que por tu culpa se abusó horriblemente de mí en la infancia. Quisiera que reconsideraras tu proceder con Antonio y que éste vuelva a trabajar a nuestra casa de lo contrario o me suicido, o me voy con él. Espero que tomes en consideración la súplica que te dirige Margot tu hija. Algún día sabrás el motivo por el cual entré en el departamento de Antonio".

Copia de esta carta fue remitida al chofer: su terror fue tremendo, suicidarse la señorita! había para volverse loco y sin reflexionar sobre las consecuencias de su conducta, impulsivo y generoso corrió a la Legación.

Por desgracia o por ventura le abrió el propio Ministro la puerta, y al verle le increpó furioso, ¿por qué diablos había vuelto a su casa? Rogó el otro con frases entrecortadas, que lo atendiera; muy irritado el diplomático accedió a condición de que la entrevista sería breve.

Mostró entonces Antonio, la copia de la carta recibida haciendo incapie en la amenaza del suicidio de Margot. Tornar a trabajar en la casa, jamás lo aceptaría, dijo, repentinamente dueño de sí mismo, y pienso añadió tratando de dominar su alteración, que como Ud. es tan poco noble, preferirá tal vez que se suicide su hija antes de consentir que sea la esposa de un chofer.

Tal franqueza pareció desarmar al ilustre señor y contestó sin inmutarse: "Con qué derecho, me dice Ud. Antonio, que yo prefiero ver mi hija convertida en un cadáver antes que esposa suya, o es que Ud. se ha vuelto loco?"

Tanta flema y tan desconcertante cinismo hizo perder al mozo los estribos y relegada toda prudencia contestó: "Vea señor Ministro; no es que yo esté loco; por culpa suya y de su esposa, Margot sufrió un atropello atroz a bordo de un barco, y Ud. para ocultar semejante delito, se concretó sencillamente a implorar tanto al Capitán como a la oficialidad que guardaran silencio, cobardía insigne que corre parejas con el proceder de su señora aceptando copas de champagne en agradable tertulia con un personaje que viajaba en el mismo barco, mientras Ud. peroraba ante los marinos rogando que el hecho incalificable no fuera conocido. La cuestión está en que Ud. que me ha llamado *sinvergüenza* y *vil*, careció de valor para reclamar el honor de su hija, como cumple hacerlo a un padre honorable y de prestigio.

Aquí me tiene, haga conmigo lo que le parezca; si pretendo casarme con Margot es porque la amo y no quiero que continúe al lado de Uds. gentes sin conciencia ni honor". Y, muy exaltado tornó a proferir el vocablo injurioso ¡Cobarde!

El gran señor palideció, y puesto en pie, apareció en su mano derecha una escuadra con la que apuntó a su interlocutor diciéndole en el paroxismo de la ira, ¡Mereces la muerte!!!—¡No puedo consentir que sigas viviendo!!!

El chofer no se amedrentaba; lejos de humillarse, repetía cegado por el furor e indiferente ante el peligro: "dispare, cobarde, que yo le tengo más miedo al fango en que Ud. se revuelca, que a la boca de su escuadra..."

Abofeteado por la temeridad de su antiguo sirviente, el diplomático cam-

bió de táctica; colocó la escuadra en el bolsillo del pantalón y súbitamente serenado, como si se tratara del asunto menos importante le dijo: "siéntate voy a brindarte una oportunidad única en tu vida; vas a salir del país, yo sufrago todos los gastos del viaje y agregaré algo más para que te sostengas mientras encuentres ocupación; así se soluciona todo lo ocurrido en esta casa. Tu deber es aceptar, confío en tus nobles sentimientos para ello, y no hablemos más".

Antonio estuvo de acuerdo con lo propuesto: alegó, sin embargo, que estaba algo endeudado... y que no quería ausentarse del país sin dejar cancelados sus compromisos.

Con cierto desdén le ordenó entonces el Ministro que se sentara en su propio escritorio y que escribiera una carta que él dictó: "Estimados hermanos; ruégoles recoger mi ropa de uso donde la lavandera, que ya Uds. conocen, y pasar a la camisería donde solicitarán les sean devueltos unos cortes que allí tengo y con el dinero que les incluyo cancelar mis cuentas en la Botica X y en la Pensión donde vivo. Además pagarán un libro titulado "Corrupción Social" en la Librería X. Les ruego cumplir todas estas instrucciones por que tal vez no los volveré a ver. Los saluda su affmo. hermano Antonio".

Conservó el diplomático la carta para entregarla personalmente a los parientes del interesado, y habiéndole recomendado a éste que se diera la vuelta dentro dos o tres días para arreglar todo lo concerniente a pasaporte y pasaje le despidió.

¿Quién es capaz de sospechar lo que el ilustre señor meditaba? El insulto lo había herido en lo vivo y necesitaba reflexionar detenidamente; por el momento el incauto mozo se había tragado el cebo. La prudencia y el decoro le impusieron el sacrificio de humillarse ante un hombre de baja clase, pero él no era de aquellos que toleran impunemente el ultraje...

Tranquilizar a su familia era lo esencial, y Margot rebozante de alegría supo que el feo asunto estaba solucionado en la forma que más la complacía, que Antonio tornaría a trabajar en la Legación, y que su padre haría las gestiones pertinentes ante su Gobierno para ser trasladado a otra nación donde posiblemente su matrimonio con el chofer podría efectuarse.

Doña María felicitó cariñosamente a su marido por el oportuno desenlace del escandaloso suceso, aplaudiendo su benevolencia con el individuo que tan soezmente se había conducido en la casa... La ironía y mordacidad de éstos conceptos no alteraron la calma del diplomático cuyo plan al estar ya trazado le infundía cierta afabilidad desdeñosa; no pensaría así, antes de mucho su amante esposo. Justificó su conducta exponiéndole que su proceder obedecía a que se trataba de un sirviente, no de una persona de su rango, que en la forma como se solucionaba el miserable asunto su dignidad y la de la Legación quedaban en salvo, y expatriado el causante de tantos sinsabores las cosas volverían a su curso normal.

---

Antonio por su parte, confió confidencialmente a un amigo, hermano de un Magistrado de la Corte, la proposición que le había sido hecha y aceptada por él; el otro, hombre de experiencia y más ducho, le hizo ver lo peligroso de aquella propuesta que tenía todos los visos de una emboscada artera, y que anduviera con mucho cuidado. El desventurado, no sin agradecer las indica-

ciones anteriores, repuso que nada era de temer, que aquel mismo día el Ministro le había puesto una escuadra en el pecho, en actitud de ultimarle sin atreverse a disparar, no obstante que él lo había provocado a hacerlo.

Otro hombre recibió las confidencias sobre lo ocurrido, de Antonio. Al ser impuesto que aquel se preparaba para salir del país, acto que le ocasionaba cierto temor por no haber viajado nunca, José Ramos, nombre del nuevo confidente, le insinuó que él también se expatriaría gustoso al contar con dinero, y así en amena charla y forjando proyectos, haciendo ilusiones de atrapar la fortuna allende los mares, convinieron en presentarse en la Legación a solicitar dos pasajes para embarcarse juntos.

La candorosidad del chofer era manifiesta. Encontraba muy natural que su antiguo amo sufragara los gastos de viaje de su compañero, y no dudaba de que aquel accedería a sus pretensiones.

Una vez en la Legación, se presentó Margot muy nerviosa y comunicó al chofer que su padre había celebrado la noche anterior larga conferencia con su esposa, en la cual trataron de ponerse de acuerdo sobre la forma más conveniente de terminar el espinoso asunto; que ella estaba muy acongojada sobre el resultado de la mencionada conferencia y que sin podérselo explicar, temores y presentimientos no le dejaban un minuto de reposo.

Sonriente, Antonio le manifestó que nada de raro ocurría, solamente se trataba de su próximo viaje al exterior, y a continuación le rogó advertir a su padre de su presencia y la de un amigo con objeto de conversar sobre algo que les interesaba.

Amablemente atendió el señor a los visitantes, pero al exponerle Antonio sus aprensiones respecto al proyectado viaje, y el deseo que sentía de ser acompañado a cuyo efecto le presentaba a un amigo dispuesto a viajar con él sino fuera su carencia de recursos, y que en tal virtud acudían a su generosidad para subsanar la dificultad y poner a su disposición los recursos necesarios, furioso el diplomático lo interrumpió severamente diciéndole que era una estafa en perjuicio suyo lo que tramaban y que jamás consentiría en ser engañado en tal forma. Sin embargo, agregó dirigiéndose a Antonio, lo ofrecido a Ud. está siempre a su orden.

Balbuocé el chofer pobres excusas que en su turbación no acertaba a hilvanar, pero exasperado José Ramos por la negativa apostrofó violento y colérico al Ministro usando la palabra canalla y anteponiéndole que si él fuera Antonio en lugar de suplicar como lo había hecho, sería por la Prensa y mediante un escándalo que lo obligaría a conducirse de muy distinta manera.

Les amenazó entonces el señor con llamar la Policía para que los arrojase a la calle si no salían inmediatamente del Despacho, y ardiendo en ira los dos amigos tuvieron que retirarse.

Aún permanecía José Ramos haciendo comentarios con Antonio sobre lo sucedido, en el cuarto que aquel ocupaba en la Pensión, cuando al sonar el timbre del teléfono y atenderlo la dueña del establecimiento, recibió la súplica de llamar al chofer; alguien deseaba hablar con Antonio. El señor Ministro en persona le hacía saber que le urgía conversar con él.

“VENGASE SOLO MAÑANA, como a las seis,— le dijo,— para entregarle todos los documentos listos a fin de que no se demore más su viaje al exterior. Pero véngase, como se lo repito, en la mañana, para que se den cuenta

ni mi esposa ni mi hija, agregó"—"Así lo haré,—fue la respuesta del confuso empleado, que no acertaba a adivinar el móvil de tan rápido cambio".

Antonio que parecía tener plena confianza en Ramos, no le comunicó, sin embargo, la noticia de la llamada del Ministro y aun cuando permanecieron juntos parte de la noche, asistiendo al teatro y conversando amigablemente, aquél ignoró la cita que para el día siguiente tenía el chofer.

Esa noche que precedió a su noche eterna, Antonio no pudo conciliar el sueño; mil ideas bullían en su mente febril y exaltada por presentimientos oscuros; dejar la patria, los amigos, su familia; poner mar de por medio entre él y su amada aunque no fuera por largo tiempo le producía honda pena; todavía zumbaban en los oídos del cuitado, las gratas palabras del señor referentes a su posible matrimonio en luengas tierras!!!

Puntual a la cita, la primer campanada de las seis lo encontró ante la puerta de la Legación. Madrugador también el representante de ella, le introdujo personalmente en su Despacho. Cómo si nada hubiera ocurrido de violento entre ellos, su saludo fue cordial y señalándole un sillón frente a la silla giratoria de su escritorio que ocupó él, empezó a hablar dándole detalles sobre lo que tendría que hacer al llegar al sitio de su destino. La presunta víctima no podía abrigar la menor sospecha en aquel ambiente selecto, frente a aquel hombre distinguido que conversaba con graciosa sencillez; ni siquiera reparó que el asiento ofreciendo discretamente estaba colocado cerca de una ventana que se abría sobre la calle, y escuchaba atentamente a su interlocutor cuando éste se levantó y vino a sentarse en una silla próxima al sillón donde se encontraba sentado... en este mismo instante varió por completo la actitud del diplomático y con voz que se esforzaba en ser tranquila le dijo: "Tú deberías estar muy agradecido de que en lugar de haberte matado como merecías, haya dispuesto darte dinero para que salgas del país".

Extrañado e indignado Antonio, tartamudeó, preso de rencorosa cólera "que si el señor Ministro estaba arrepentido de lo que él mismo había dispuesto, que entonces hiciera lo que mejor le pareciera"... no acabó de extinguirse el eco de su última palabra cuando el fogonazo de un disparo iluminó la habitación... con mano rápida y segura el señor se había servido de su escuadra, y el tiro penetró por la ceja derecha del desventurado que se desplomó sin lanzar un grito.

El matador lo registró incontinentemente, mientras que por un movimiento inconsciente el moribundo se apretaba con ambas manos la espantosa herida, y en posesión de la escuadra simil a la que sirvió para perpetrar el horrible crimen la disparó por la ventana, y tornó a colocar el arma con la cápsula vacía cerca de la mano derecha del agonizante... funcionó el teléfono avisando a una estación de Policía el suicidio de un chofer y eso fue todo.

No falló un sólo detalle del plan ministerial para deshacerse de su peligroso antagonista, peligroso por lo que sabía respecto al pasado del honorable señor, y por haber hecho imprudentemente alarde de aquel secreto, que mancillaba lo que el diplomático se consideraba con derecho de defender hasta la muerte: el honor.

Antonio partió para el viaje del que no se vuelve; su ingenuidad, puede decirse, lo arrastró por fatal senda; débil de carácter aunque generoso y honrado, cuando las circunstancias exigían entereza y decisión no supo conducirse

como lo hubiera hecho cualquier otro hombre de ánimo más templado: juguete entre las manos de una ramera dignificada por una alta posición social, confidente y amante de una joven pronta a seguir las huellas de tal madre, una candidez inaudita lo llevó a erigirse en acusador de un hombre que por muy corrompido que fuera y muy condescendiente con las desvergüenzas de una sociedad que tampoco él estaba facultado para corregir, él como simple empleado suyo carecía de derecho alguno para afrentarlo.

Todo lo cual, no obsta para condenar el cobarde crimen, para sentir pavorosa repulsión por el autor de la hipócrita añagaza, que sacrificó en aras de su vanidad a un hombre joven en un impulso de rabia desesperada, y no sabemos a cuál de los dos actores compadecer más, si a la víctima o al victimario.

### **Altos funcionarios del Gobierno y de la "Secreta" guardan silencio**

Llamado a la Legación el Ministro de Relaciones Exteriores de la nación donde se desarrolló el sangriento drama, se ignora lo que concertaron ambos personajes; sólo sabemos que el Comandante de la Oficina de Policía Secreta, y Director de la Guardia recibieron comunicación telefónica, y con la prontitud del caso se presentaron en el sitio del crimen.

Narró entonces el señor a aquellos funcionarios la peregrina historia que con sobrada anticipación había forjado para despistar las suspicacias; expuso a sus auditores que atribuía el suicidio de su ex-empleado al hecho de haber quedado cesante; que a las reiteradas súplicas del occiso para continuar sirviendo su puesto de chofer, él con harto sentimiento, pues el mozo desempeñaba bastante bien sus obligaciones, por motivos que no incumbían al dominio público, debió persistir en su rotunda negativa. Muy extrañado de su matinal visita, consintió sin embargo, en atenderlo, y habiendo insistido en sus anteriores pretensiones le fue preciso despedirlo en términos concretos, y que al dejar él su Despacho, lugar donde se efectuó la entrevista, para dirigirse a sus habitaciones particulares la detonación de un arma de fuego lo sobresaltó terriblemente... precipitose en auxilio del suicida pero infortunadamente la herida era mortal...

Idéntica historia se relató al Juez Penal que ocidió en cumplimiento de su misión: y en perfecta armonía de parecer con las autoridades allí constituidas procedió a levantar el acta de estilo cuyo contenido podrá suponerse ya... "que en unión de las autoridades que se citaban a continuación y acompañados de su Execlencia el Ministro del... en el palacio de la Legación, y llamados telefónicamente por el expresado alto funcionario habían reconocido el cadáver de un hombre, cuyo nombre era Antonio Leiker, de oficio chofer: que el citado cadáver se encontraba tendido al pie de un sillón próximo a una ventana, que en los brazos de este aparecían manchas de sangre. Inspeccionando ocularmente el sitio donde se verificó la tragedia, el señor Ministro les declaró que el suicida ejecutó su designio estando sentado en el referido sillón.

Se agrega en el acta, que en la ventana a que se hace alusión, tanto en un vidrio como en la cortina se constató la horadación causada por el disparo de una pistola; esa perforación, afirma el señor funcionario judicial, por las características que se presentaba, como la altura, etc. debe haberse producido por la bala que destrozó el cráneo del suicida, puesto que estando sentado en el sillón antes dicho, al dispararse en la sien derecha la bala al ejecutar su trayectoria perforó na-

ruralmente la cortina y el vidrio. Que para terminar, del escritorio de la Legación se recogió una escuadra automática, marca "Walter", calibre 7.65, al parecer sin uso, con cuatro cápsulas en el magazine y una en el cañón; sobre el piso de la cámara se halló otra cápsula usada de la misma clase de las anteriores".

A lo expuesto se limitaron las formalidades judiciales; al lector se le pueden ocurrir, como se le ocurre a quien escribe ésto, las sencillas reflexiones que saltan a la vista de cualquiera que estudie detenidamente el caso; ¿fue registrado el diplomático o se le preguntó siquiera, si tenía armas? La versión del suicidio, en la forma y circunstancias en que se dice que se efectuó o se supone, ya que nadie presenció el acontecimiento, no concuerda, con lo declarado por el ilustre personaje; existen lagunas que la Justicia pasó desapercibidas, en aras de la reputación del honorable representante de un país amigo.

El autor de esta novela, leyenda o llámesele como se quiera, pudo reconstituir con visos casi exactos la escena del crimen, porque depositario de la confianza del desventurado Antonio, y estando en autos por éste de "como las gastaba el excelentísimo señor", y examinados minuciosamente cada uno de los sucesos que concurrieron al fatal desenlace, marchó de deducción en deducción hasta el brutal asesinato.....

Existen otros detalles acusadores, confidencias rarísimas formuladas por el Ministro al Juez Instructor, relacionadas con el por qué de su llamada telefónica a la Pensión, detalle que es el eje sobre el cual debió girar el esclarecimiento de los acontecimientos, y que en el proceso no se menciona, y que la Justicia si se hubiera cuidado de tomar declaración a la dueña de la casa donde se hospedaba el occiso y que recibió la comunicación, estaba en imperiosa, obligación de tomar como punto de partida de sus gestiones para llegar hasta el autor del asesinato.

El fingido proceso fué una serie de inconsecuencias a cual más delictuosa. La majestad de la Justicia villanamente escarnecida por los ejecutores de sus mandatos, redimía al delincuente; al asesino de levita y guantes blancos está generalmente al amparo de leyes que únicamente se cumplen y ¡cómo! sobre los desheredados de la fortuna y posición social.

Para concluir de demostrar la farsa de las autoridades, diré que el cadáver conducido al hospital fué reconocido por el médico forense; la ciencia muy bien podía, por el examen de la herida, llegar al descubrimiento de si ésta había sido causada por propia mano o por mano ajena, el Doctor sin interesarse en poner en claro un punto tan esencial en todo crimen, dió su dictamen favorable en un todo a los condenables manejos de los encubridores, y el cadáver entregado a sus familiares se sepultó en su pueblo natal en medio de la consternación general de hermanos y amigos....

---

En sus conversaciones sobre el triste lance, el diplomático, con elegante desenfado, contaba a sus contertulianos que un amigo íntimo del muerto le refirió que éste vivía acuciado por nerviosa dolencia que le hacía pensar frecuentemente en el suicidio..... se daba el lujo de compadecer despectivamente a su víctima, repitiendo siempre la estima y aprecio que su honradez le inspiró, explicándose al mismo tiempo el motivo por el cual Antonio andaba armado.

Flemático, el Canciller del país donde tales sucesos se desarrollaron, orde-

nó, como por fórmula, levantar la investigación en forma netamente oficial y desde entonces, ningún signo exterior dió a conocer que las indagaciones judiciales adelantasen un sólo paso, y comenzóse a murmurar en el público con cierta estupefacción temerosa, que andaba algo muy feo en todo aquel enredo y que habían enaguas de por medio; los periódicos publicaron la noticia muy por encima, se comentaron algunos pormenores del crimen... Y... aquí no ha pasado nada! se cerró el expediente sin más formalidades; eran irrefutables las afirmaciones del diplomático y todos los que por una causa u otra razón intervinieron en el escabroso asunto se frotaron las manos satisfechos. Suicidios, ocurren todos los días, uno más, ¡qué importaba!

Vale la pena, sin embargo, de ser conocido lo que el dignísimo y sagaz Comandante de Policía Secreta expresaba sobre el particular: "que se constituyó en el lugar del suceso y encontró un sillón con grandes manchas de sangre, mueble colocado cerca de una ventana que daba a la calle, cuyos vidrios aparecían rotos. Que el occiso fue trasladado al hospital de la localidad donde se le practicó la outopsia por dos galenos. Que él pudo constatar la herida que presentaba el cadáver en la sien derecha producida por una bala que salió por el lado izquierdo de la cabeza, y que, ¡¡aquí está el busiles!! *al parecer*, el muerto tenía manchas como de pólvora en la mano derecha, lo cual demostraba que el balazo había sido disparado muy de cerca: que efectuadas las pesquisas indagatorias en la habitación que el suicida ocupaba en una Pensión se halló una caja o estuche de los que se usan para guardar pistolas o escuadras, lo que denunciaba la premeditación del hecho, aludiendo también a un papel escrito de puño y letra de la víctima por medio del cual daba ciertas instrucciones a sus familiares referentes al pago de algunas cuentas.

¡Qué bien discurre el sutil funcionario!!!! Otra risible contradicción, es aquella que se lee en la misma acta; según el mencionado Jefe, el Ministro le aseguró que el mensaje de Antonio para su familia, estaba guardado en una maleta del occiso; otra versión más descabellada aún muestra el famoso billete en una mano del muerto!!!!

¿Qué motivo, qué razón, explica que un empleado despedido en términos perentorios, deje una maleta con efectos propios guardada en la casa de dónde se le echa, y qué calificación puede merecer la conducta del diplomático consintiendo en que tal prenda quede depositada en la Legación?

Si se hubiera tratado de cualquier objeto precioso y de gran valor, pase, pero una balija con efectos personales de un chofer!!! No se esabe qué admirar más, si el cinismo superlativo del ilustre representante de toda una nación, o la vergonzosa condescendencia de aquella autoridad muy capacitada para ejercer sus funciones en un país desgraciado, puesto que patrocina semejantes procedimientos y tolera que esos monigotes galonados lo exhiban tan lastimosamente, ante las propias Legaciones diplomáticas residentes en él, y en el extranjero.

El notable mentecato frecuentaba los centros Espiritistas de la ciudad, y sin duda allí aprendió, aunque no es de creerse, "que las personas cultas son siempre las que dicen verdad". Sostenía relaciones con una señora dedicada a esas andanzas, y por medio de sus comunicaciones con el Infinito pretendía esclarecer los asuntos de su cargo.

No carece tampoco de intenso interés por las apreciaciones expuestas, algunas en notable contradicción con las del Comandante de la Secreta, la información del Director de la Guardia. Dice así:

"Que encontró en el referido sillón próximo a la ventana al suicida, quien presentaba una herida por arma de fuego. Aparecía sobre su regazo una pistola nueva de calibre 7.65. Que el occiso aún permanecía con vida cuando él llegó y que se le trasladó inmediatamente al Hospital. También dedujo que se trataba de un suicidio y no de un crimen, por la trayectoria de la bala y las quebraduras de los cristales de la ventana. Que practicado minucioso registro en el cuarto del muerto se encontró un baúl con dinero, ropa y una nota dando instrucciones a su familia para la cancelación de algunas cuentas. Agregó, que por otra parte, un amigo del suicida le había manifestado que éste sufría a consecuencia de una dolencia crónica, de notable nerviosidad que muy bien podía ser la causa del acto desesperado que lo llevó a la muerte". Merece realizar detenido examen lo expuesto por el jefe policiaco en relación con lo dicho por su colega el jefe detectivesco.

La traída nota del infeliz Antonio, estaba según el señor Ministro guardada adentro de una maleta depositada en la Legación. — Después aparecía en la mano del occiso; luego, la encontraron dentro de un cofre en la habitación de la casa de huéspedes donde se alojó el muerto. — Según las versiones de tan celosas autoridades, la escuadra primero estuvo sobre el escritorio de la Legación de donde el Jefe de Detectives la recogió, en el relato del Director de Policía vemos que era sobre las rodillas del difunto donde se hallaba. El uno afirma que Antonio cuando se reunieron en el lugar del suceso era cadáver, el otro que aún vivía; ya estaba en el sillón, ya en el suelo.....

Lo inaudito, lo que produce grima, es que la carta donde Antonio daba instrucciones a sus parientes para el pago de sus cuentas, clave sobre la cual se fundaba la certeza del suicidio (nota que arteramente el Ministro le dictó con el pretexto del viaje al exterior) Antonio mismo, como se vió cuando a ello nos referimos, la entregó al diplomático para que éste la hiciera llegar a sus familiares, en la forma que estimara conveniente. Las aventuras de la ya célebre carta resultan peregrinas y tan contradictorias que la verdad se impone. Se trata nada menos que de disimular el crimen con tintes, que al querer darles visos de evidencia resultan ridículos por no decir infames.

El que lo cometió, no es un criminal vulgar, es un hombre de envidiable posición, uno de esos elegantes libertinos que escudados por el rango que ocupan se creen muy por encima de leyes formuladas para hombres de humilde condición. Y, tal vez, no se equivoca.

Un testigo tímido y encogido, amigo de Antonio y cuyo nombre es el de Arturo Mesén, declaró que si bien era cierto que el occiso le había confiado que estaba sufriendo de una dolencia nerviosa, también le comunicó que habiéndose sometido a un tratamiento científico se encontraba ya bien. De manera, que si apoyándose como efectivamente se apoyaron, sobre tan clara exposición para tergiversar los hechos haciendo aparecer al difunto como un neurasténico acosado por la idea del suicidio, no tuvieron empacho alguno en abultar copiosamente lo dicho por un testigo intimidado por el aparato de la Justicia, y en tal forma las complacientes autoridades llegaron a la conclusión del suicidio premeditado y comunicado a terceras personas.

La teoría del suicidio está descartada si se analiza las pruebas indiciarias que robustecen la tesis de que no existió tal suicidio sino un crimen alevoso y

perfectamente planeado con bastante antelación, para darle todo el aspecto de voluntario suicidio:

1.—El hermano de aquel Magistrado de la Corte, a quien Antonio hizo sus confidencias, le previno que estuviera atento con las proposiciones del Ministro, porque muy bien podían ocultar una emboscada.

2.—José Ramos acompañó al chofer al Despacho del diplomático en solicitud de un pasaje y recursos monetarios para partir en unión del presunto suicida. Por consiguiente el mencionado Ramos estaba bien enterado del proyecto de Antonio: salir del país, no suicidarse.

Desgraciadamente pudo más en el ánimo de este hombre, cuya declaración hubiera sido aplastante para el sesudo diplomático, el temor de verse envuelto en un proceso criminal, y no se presentó ante la Justicia como moralmente estaba obligado a hacerlo, cobijado por la posición social y la prosopopeya del amigo amo de su desventurado amigo.

3.—Otro testigo que forzosamente tenía que enmudecer, pero cuya declaración hubiera sido mortocotudo escándalo que hubiera puesto en relieve las asquerosas llagas ocultas por tanta distinción y opulencia, era Margot, la señorita hija del Ministro. ¿No le expuso ella a su amante cuando éste se presentó en la Legación, el inmenso temor que le había causado la conversación, que pudo sorprender, habida entre sus padres y en la cual se referían a los medios para que el chofer dejara de molestarlos?

4.—Queda aún otra persona cuya declaración era de suma importancia: la dueña de la casa de huéspedes donde residía Antonio. Fue ella quien recibió la comunicación telefónica y por consiguiente se pudo dar exactamente cuenta de que su pensionista era el solicitado por la persona que llamaba; que él no había llamado en absoluto.

Otro acontecimiento muy significativo es aquel de haber Antonio convenido con su amigo José Ramos, de verse el día en que fue asesinado, a la una de la tarde, para buscar juntos los medios que a Ramos le hacían falta para efectuar el viaje al extranjero. Resulta muy singular que alguien que abriga intención de suicidarse cite a un amigo para muchas horas después de efectuado el criminal acto.

Entre miles de Excelencias diplomáticas con dificultad se encontrarán dos que dejen el lecho a las seis de la mañana, como lo efectuó el día del asesinato el digno caballero: todos los cabos fueron atados con prolijo cuidado; el matinal acontecimiento no tuvo curiosos a causa de la hora elegida, y acaso esta circunstancia fue tomada en cuenta por el victimario.

No es posible dejar sin comentario el informe de los médicos que hicieron la autopsia al cadáver, porque en esto también hay anomalías que no pueden pasar inadvertidas.

Dice el referido informe: "a las siete horas del siete de mayo en curso, reconoció al herido, Antonio Leiker, quien llegó en estado agónico al Hospital a consecuencia de una herida causada por arma de fuego, con las siguientes características: presentaba un agujero que penetraba horizontalmente afuera del extremo de la ceja derecha, de un centímetro de diámetro en la región temporal, con bordes irregulares desprendidos y desgarrados; con una rotura inferior, hacia abajo de cuatro a cinco milímetros de longitud por fracción o estallido de los tejidos, y con incrustaciones de pólvora a la entrada. El proyectil atravesó la piel,

tejido celular, muscular, aponeurosis profunda y hueso, siendo trasversalmente de una ligera inclinación hacia arriba y hacia la izquierda; atravesó los dos lóbulos frontales y la arteria silviana derecha; de nuevo atravesó el hueso aponeurosis y el cuero cabelludo, dejando un agujero de salida a tres centímetros hacia afuera y cuatro hacia arriba del extremo de la ceja izquierda con hernia y salida de la masa encefálica.

La herida de pronóstico fatalmente mortal originó la muerte a las nueve de la mañana. En la mano derecha presentaba ligeras manchas de sangre".

Del anterior informe puede deducirse sin temor de equivocarse lo siguiente: las características del agujero de entrada, con incrustación de pólvora y fracción o estallido de los tejidos, demuestra claramente que en el momento del disparo la boca del cañón de la pistola fue apoyada enérgicamente o el disparo se había hecho de muy cerca, y por la trayectoria de la bala el doctor creyó que la víctima se suicidó.

Consultados por alguien muy interesado en que la luz se haga en este tenebroso crimen, dos médicos eminentes, de sus exposiciones se dedujo que: apoyada el arma en la sien derecha, no tenía por qué desgarrarse la piel al estallar la bala. La inclinación de la trayectoria presentaba, acaso unos cuatro a cinco milímetros, muy poca cosa, para que el proyectil al salir pudiera dar contra el vidrio de una ventana.

El dilema se impone ante el diagnóstico del médico o médicos forenses que lo firmaron; ¿se disparó sola la víctima, o alguien le hizo fuego muy de cerca? Se ignora si hubo suicidio u homicidio leyendo esta relación, y nada dice de manchas de pólvora en la mano, sino de manchas, ligeras manchas sanguíneas, lo cual tiene su explicación muy natural, puesto que Antonio al sentirse herido ejecutó ese movimiento natural y espontáneo de todo aquel que recibe un golpe, por insignificante que éste pueda ser, llevarse la mano a la parte lesionada.

Lo que todavía indigna más, es que el tal dictamen no se dió sino quince días después de la muerte de aquella desdichada víctima.

---

### El Ministro compra ciertos órganos de la prensa del país

Siempre en todo drama obscuro, en toda tragedia misteriosa sobran curiosos para ocuparse en observar a los que en alguna forma resultaron sospechosos, o intervinieron en los sucesos. Curiosidad ansiosa y hasta, por decirlo así, rabiosa, de conocer los pormenores de aquella catástrofe, tan poco satisfactoriamente explicada, hizo que fueran muchos los ojos fijos en el diplomático y sus allegados, que se vigilaran los movimientos y actividades de la Legación.

Si se hubiera tratado de otra clase de hombre, de uno de esos choferes desvergonzados y groseros, entregados en brazos del vicio, que atentan contra su vida tan pronto como el dios Azar les vuelve la espalda, pase; pero no era ese el caso de Antonio, tan sobrio, honrado y cumplido, cuyos servicios estiman altamente los hombrse de cierta posición, que generalmente necesitan a su lado una persona de confianza.

No ignorando el diplomático que la opinión pública había' atravesado en el dintel de su puerta el cadáver de Antonio, se dirigió al día siguiente del crimen

para ellos un gesto cualquiera de cariño; las conjeturas sin base, las hipótesis incoherentes al cohibirlos les aguijoneaba, una noche en que el cielo despejado y cubierto de estrellas parecía invitar a escrutar sus formidables misterios, penetraron en la casa y poco después se hallaban presentes en la temida sesión.

Reunidos los asistentes formando cadena en torno del "medium", escucharon, muchos de ellos, con pavor intenso, golpes suaves que se repetían a intervalos; los iniciados en la extraordinaria e interesante ciencia no lograron a pesar de la presencia del "medium", interpretar aquellas manifestaciones causadas por seres que venían de las desconocidas regiones de ultratumba. Con verdadero pánico, los dos simpáticos viejos habían estado muy atentos, esperando el turno para saber algo... tener un indicio siquiera que calmara su vehemente anhelo.

Al enterarse de que tendría lugar una nueva sesión, y que esta vez se contaba con el contingente de una "medium" de grandes capacidades, su ansia venció el recelo y de nuevo presentes en la terrorífica asamblea, después que la "medium" *cayó en trance*, como dicen los adeptos de las doctrinas de Allan Kardec, es decir que se durmió para transmitir las comunicaciones de los espíritus evocados, no fue posible recoger de sus labios trémulos que simulaban conversar, una sola palabra inteligible... y entonces dedujeron los dirigentes por ciertos indicios apreciados únicamente por ellos, que el espíritu de Antonio se encontraba tan turbado que la "medium" no había podido triunfar de esa confusión, y por consiguiente nada en concreto referente a él se supo esa noche.

Motivo de zozobra y dolorosa inquietud fue para los viejecitos el resultado de la anterior sesión. Entre la duda y la esperanza se debatían, acuciados siempre por el horror de saber, y sin embargo no queriendo en forma alguna permanecer ignorantes del más ínfimo detalle concerniente al eterno destino de su hijo, y a la causa de su muerte.

Con fe puesta en los expertos descubridores de los misterios del más allá de la tumba, creció su ansiedad, y sin desconcertarse por los anteriores fracasos, acudieron a la próxima reunión y apaciguados sus sobresaltos, confiaron en el éxito debido a su perseverancia.

Actuaba como "medium" esa noche un muchacho muy acreditado por sus facultades, no era "parlante" sino "escribiente", y colocado ante una mesa donde se veía recado de escribir, vendados los ojos e instalado para llenar las funciones deseadas, se invocó el espíritu de Antonio, sirviéndose de las prácticas usuales en tales circunstancias.

Tras breve y expectante silencio, durante el cual se sentía temblar el alma de los circunstantes, azotada por mil contradictorios sentimientos, el chirrido de una pluma que rasguea el papel dejó todos los ánimos suspensos... Notaron inmediatamente que el "medium" escribía una carta y cuando su mano se detuvo dándola por concluída, la retiraron para entregarla a los interesados. La sorpresa de éstos fue tremenda al reconocer la letra de su hijo, no les quedaba la menor duda, aquella era la letra de Antonio... Pasado el primer estupor leyeron derramando lágrimas de dolor y alegría:

*Queridos padres y hermanos; les agradezco mucho el interés tomado por indagar el motivo de mi muerte; procuren no ejercer venganza alguna, aunque la vida me fue arrebatada... he muerto asesinado por la persona que saben; los mo-*

*tivos que para ello tuvo, también son conocidos de Uds.—Yo me encuentro bien y espero que Uds. permanezcan en completa tranquilidad. Suplico encarecidamente que traten de hacer ver al vulgo que yo no fui un miserable suicida, desprovisto de valor para soportar las penalidades de la vida, sino que se me asesinó.—Y nada más”.*

---

No existen palabras capaces de interpretar fielmente la estupefacción, el azoramiento, asombro, admiración y el aturdimiento que embargaron el ánimo de los concurrentes, no acostumbrados a estas manifestaciones, pasmados ante el prodigio, que sin embargo era tan intensamente esperado...

En posesión del precioso documento, los padres de Antonio, consintieron, no obstante, en que se confrontara con algunas otras cartas que conservaban de Antonio, la recibida por tan extraño medio. La compulsión no pudo ser más elocuente; efectuada por peritos calígrafos de reconocida competencia, se probó de manera clara y categórica que la referida carta había sido escrita por la misma mano, por las características de la letra, por los rasgos de la escritura y por un sin fin de detalles que señalaron.

“Yo me encuentro bien”; decía el llorado ausente y ese dolor casi desaparecía ante tan evidente verdad, escrita por el mismo Antonio, y para sus padres y hermanos fue sagrada su primordial recomendación. Aunque estuviera a su alcance, jamás vengarían su muerte, jamás en las profundas soledades del Infinito su espíritu se sentiría turbado por ningún acto violento cometido por sus hermanos...

FIN

---